

María, excatólica, Estados Unidos

(parte 1 de 2): Los primeros años



Mi nombre es Mariam Al Mahdaiah. No nací con este nombre, pero lo elegí cuando me convertí al Islam (en 1992). Mi nombre cristiano de nacimiento es María (Mary en inglés, Mariam en árabe). Quiero compartir la historia de cómo me convertí al Islam, con la esperanza de que esta historia pueda llevar consigo una mejor comprensión del Islam.

Mi historia está organizada según los diferentes períodos de mi vida:

- Creciendo como cristiana (los primeros años)
- Volteando la espalda (la adolescencia)
- Buscando la verdad (los veinte)
- La apertura (los treinta)
- Volviendo a casa (los cuarenta y para siempre)

Creciendo como cristiana —los primeros años

Fui criada en la tradición católica. Fui a la escuela primaria católica, aprendí mi catecismo, recibí mi Primera Comunión, recibí mi nombre católico (en honor a una santa), fui a confesarme; es decir, hice todos los pasos importantes para crecer católica. Hice mi mayor esfuerzo por ser buena, y lo fui (tenía mucho miedo de alguna retribución terrible de parte de Dios si no lo era), y a lo largo de esos años desarrollé un sentimiento importante de culpa (no estaba segura de qué, pero sabía que era culpable de algo). Las monjas que me enseñaban parecían duras, y no podía entender por qué estas “novias de Cristo” estaban tan tensas y enfadadas. En los veranos, viajaba al sur a visitar a la familia de mi madre; mi abuelo había sido ministro bautista, y mi madre había sido criada en la tradición bautista, pero se

había convertido al catolicismo para casarse con mi padre que era católico. Así que cuando iba al sur, asistía a la iglesia y a la escuela bíblica, y cantaba canciones cristianas alrededor del viejo órgano (mi tía tocaba, y mi primo y yo cantábamos con mucho sentimiento). Fueron buenos tiempos, y esta parte de mi educación cristiana fue más agradable y cómoda. Así pasaron los años. Pasaba el año escolar en casa y los veranos en el sur. Mi vida religiosa era más una doble vida. Mirando en retrospectiva, parece que la única cosa que las tradiciones católica y bautista tienen en común es una base en Jesús (la paz sea con él). Más allá de eso, eran dos mundos distintos para mí.

Volteando la espalda —la adolescencia

No tuve una infancia fácil, y los problemas familiares crecieron en gravedad al punto en que un día llegué a la conclusión de que no hay Dios (o que, al menos, si hubiera un Dios, Él no se preocupaba por mí). Recuerdo ese día, acostada en mi cama, despierta ante esa realidad. De repente, sentí un gran vacío en mi ser, pero me dije a mí misma: si esa es la realidad, debo aceptarla. En mi nivel de entendimiento, esa era mi realidad. A medida que avanzaba mi adolescencia, comencé a buscar. Para ese momento, ya no se me pedía ir a la iglesia (la práctica religiosa en mi familia ya no existía entonces), así que decidí buscar la verdad por mi propia cuenta. Me recuerdo leyendo sobre Jesús (la paz sea con él). Tenía un sentimiento fuerte sobre él, e incluso me sentía conectada a él en alguna forma. Pero nunca pude aceptar la forma en que murió (¿cómo podría alguien tan especial y cercano a Dios morir así?). Eso me parecía una tragedia indescriptible. De modo que desarrollé mi propia opinión y creencia de que Jesús fue de hecho una persona real, que vivió en esta Tierra, y que en verdad fue una persona muy especial con una misión muy especial, pero más allá de eso, no sabía más. Eventualmente, desistí de la idea del cristianismo por completo, debido a que demasiadas cosas no tenían sentido.

Buscando la verdad —los veinte

Cuando entré en mis veinte, sentí una necesidad tremenda de encontrar la verdad, para calmar la agitación de mi corazón y mi alma. Me presentaron el budismo, y ya que parecía estar cerca de lo que buscaba (al menos había una lógica clara en ello), me uní. En muchas formas esto me ayudó a sentirme mejor, pero me parecía que faltaba algo (en esa época no sabía qué). Con los años, me alejé del budismo también. Se estaba convirtiendo más en una carga que en una comodidad en mi vida. En aquel tiempo hice un viaje de negocios a Egipto, donde conocí a mi esposo, quien había sido criado en la tradición musulmana. Estando aún envuelta en el budismo, traté de convertirlo a él. Él me escuchaba pacientemente, y creí que estaba teniendo éxito, pero ahora sé que él jamás se habría convertido.

La apertura —los treinta

Así que continué, estaba cada vez más incómoda con la práctica del budismo, viajé de nuevo a Egipto para casarme, regresé sola a los Estados Unidos, y eventualmente regresé a Egipto a vivir con mi esposo. Estuvimos juntos allí un año, un año maravilloso, curativo e inolvidable. Para entonces estaba empezando mis treinta. Acababa de llegar a Egipto para comenzar verdaderamente mi vida de casada, estresada al límite, sintiendo que había llegado con mi último aliento. Estuve separada de mi esposo durante un año (mi trabajo me retuvo en los estados Unidos, otros asuntos lo mantuvieron a él en Egipto). Durante este tiempo nos mantuvimos en contacto, pero fue algo tan difícil y tenso que perdí mucho peso. Parecía anoréxica, pero no fui consciente de ello hasta el día en que me vi por el espejo retrovisor de un taxi y vi mi cuello huesudo. Al principio no me di cuenta de que era yo; y cuando lo hice, me impactó. Me vi con nuevos ojos —mis manos también estaban huesudas—, comenzaba a verme como un esqueleto viviente. Durante ese tiempo mi esposo estuvo hablándome con mucha calma y paciencia, explicándome no el Islam, sino sobre la creencia en Dios. Me dijo que no importaba qué religión decidiera practicar, siempre y cuando creyera en Dios. Discutí con él una y otra vez que no hay Dios (y el budismo apoya esta creencia), y una y otra vez él me explicó que sí existe Dios, y me daba detalles de las señales de Dios y de Sus atributos.

Él me explicó cómo Dios está siempre conmigo (pues es Quien todo lo sabe, todo lo escucha, todo lo ve y otros atributos), y me habló de Dios desde la perspectiva del Islam, haciendo hincapié en que yo no tenía que ser musulmana, solo debía creer en Dios. Siendo una persona obstinada, me resistía exteriormente; pero en mi interior, una ventanita de esperanza comenzaba a abrirse...

Mi esposo le pidió a un amigo que me trajera algunos libros sobre el Islam. Me sorprendió que lo hiciera, porque yo todavía “no estaba interesada en escuchar sobre Dios”, a veces de forma muy enfática. Así que me dejó con los libros: una traducción del Corán al inglés y un libro sobre todas las facetas del Islam. Mi interés se despertó un poco, pero lo rechacé. Hice a un lado los libros y más tarde me fui a la cama. Esa noche tuve un sueño. En ese sueño, estaba en algún lugar rodeada de una gloriosa luz blanca. Escuchaba música hermosa en el ambiente que sonaba como una recitación del Corán. Detrás de mí había una escalera dorada de caracol. Todas estas imágenes estaban suspendidas en esa maravillosa luz blanca. Esa luz era más brillante que cualquier otra cosa que hubiera visto en mi vida, pero su brillantez no hería mis ojos. Era una blancura pura, celestial. Entonces miré hacia abajo y comencé a darme cuenta de que estaba totalmente cubierta de blanco, vestida a la manera musulmana; tenía un hermoso vestido blanco suelto y la cabeza cubierta. Al mismo tiempo, no dejaba de sentir una inmensa alegría saliendo de mi interior, y yo misma estaba llena por dentro de esa misma luz blanca. Frente a mí, a mi izquierda, había un niño de unos 5 o 6 años de edad

mirando hacia el frente de modo que no podía verle la cara. No sabía si era un niño o una niña, pero sabía que era mi hijo. (En aquel entonces, era físicamente incapaz de tener hijos). Este sueño tuvo un impacto profundo en mí. Aunque fue hace 7 años, aún puedo recordarlo vívidamente con todo detalle. Cuando me desperté, conté mi sueño. No sabía su significado, se lo conté a mi esposo porque estaba muy vívido en mi mente y no tenía sentido para mí. Nunca había tenido un sueño de este tipo antes. Cuando terminé de contárselo, mi esposo dijo: “Esta es la clase de sueño que todo musulmán desea tener”. Pero, ¿por qué yo? Ni siquiera creía en Dios, negaba Su existencia (a veces muy apasionadamente), y no tenía interés en el Islam ni en hacerme musulmana. Él me explicó que Dios me estaba informando de algo en ese sueño y que yo tenía mucha suerte. Eso me sorprendió. (Curiosamente, ese sueño no parecía un sueño, sino que de hecho me dio la sensación de que era una visión de lo que vendría). Después de ese sueño, decidí abrir los libros sobre el Islam y obtener más información sobre esta religión.

(parte 2 de 2): Experiencia islámica

Volviendo a casa —los cuarenta y para siempre

Leí sobre los principios del Islam. Tenían sentido para mí, sin contradicciones. Las descripciones de la forma de vida islámica, los papeles de los hombres y de las mujeres en la sociedad como complementarios en lugar de competitivos, eran muy lógicos. Después de leer esto, entendí que lo que sentía instintivamente sobre mí misma como mujer era, de hecho, fiel a mi naturaleza real. En lugar de sentirme menospreciada, me sentí elevada, no solo como mujer sino como miembro de la raza humana. Comencé a sentir mi verdadero ser por primera vez en mi vida. Comencé a tener la sensación de que estaba regresando al hogar. Leí el Corán. Aunque no leí el original en árabe, encontré que con solo leer los versículos en inglés me llenaba una sensación tremenda de paz y tranquilidad, en la forma más amable. Estos versículos respondieron muchas preguntas que había tenido a lo largo de mi vida y a las que nunca había podido dar una respuesta clara. Leyendo el Corán, comencé a darme cuenta de que este libro tenía que ser el trabajo y la palabra de Dios, debido a su lógica impecable y a su efecto sobre mí. Aprendí que esta es una de las cualidades del Corán, una cierta “*bárakah*” o gracia que tiene un efecto muy tranquilizador en el alma humana.

Poco después me hicieron una cirugía con la esperanza de poder tener un hijo. La cirugía salió bien, pero mis posibilidades de tener un hijo aún eran muy escasas, casi nulas. Para esa época estaba leyendo el Corán regularmente y trataba de aprender más sobre el Islam. Hacía preguntas constantemente y me sumergí en la atmósfera del Islam. Me encantaba escuchar las llamadas diarias a la oración en cada calle, y un día le pedí a mi esposo que me llevara a Al Azhar, el mundialmente famoso centro islámico de aprendizaje, para visitar la mezquita.

Había visto esta mezquita en televisión y me sentía curiosamente atraída a ella. Así que fuimos un día. Estaba tranquila, caminé por ella leyendo el Corán, me senté en silencio un rato. Fueron momentos agradables y pacíficos, y luego nos fuimos. Después de caminar un poco tuve que mirar hacia abajo para asegurarme de que mis pies estaban tocando el suelo, pues no podía sentir la acera bajo mis pasos. Realmente me sentía caminando en el aire, ese es el efecto que tiene el Islam en mí, el sentimiento de ligereza fue traducido literalmente.

Tuve muchas experiencias extrañas durante este tiempo, muchas cosas momentáneas, al punto que comencé a creer realmente en mi corazón que Dios, de hecho, estaba conmigo, cerca de mí. Lo mejor de todo en el sentido humano, fue que al año siguiente tuvimos una hermosa niña, un verdadero regalo de Dios. Incluso la doctora que me hizo la cirugía estaba sorprendida. Esta fue la primera vez que ella había realizado este tipo de cirugía, y no tenía modo de predecir el resultado, salvo que las posibilidades eran pocas. (Incluso entonces, Dios estaba conmigo).

Nos trasladamos a los Estados Unidos y nuestra hija nació en el otoño, cuatro meses después que llegamos. Al siguiente año, regresamos a Egipto para que la familia de mi esposo pudiera conocer al nuevo maravilloso miembro de la familia. Antes de dejarlos, decidí que era el momento de hacerme oficialmente musulmana. Dios me había mostrado tantas señales, que sabía que era el camino claro para mí. Así, de nuevo en Egipto, fui a Al Azhar a declarar: “No hay divinidad salvo Dios y Muhammad es Su Mensajero”. Ahora estoy en mis cuarenta, y al mirar hacia atrás, en especial a la última década de mi vida, veo la mano de Dios en todos los cientos de incidentes y eventos por todo el camino. Como persona que ha buscado siempre la verdad, sea buena o mala, he encontrado por experiencia personal, que Dios es LA ÚNICA REALIDAD. Solo necesitamos abrir nuestros ojos, oídos y corazones, para reconocer la Verdad:

“Los haré ver Mis signos en los horizontes y en ellos mismos, hasta que se les haga evidente la Verdad. ¿Acaso no es suficiente tu Señor como Testigo de todo? ¿Aún siguen dudando de la comparecencia ante su Señor? ¿No abarca Él todas las cosas?” (Corán 41:53-54)

Descubrir el Islam ha sido descubrir un tesoro, un tesoro invaluable. Gracias al Islam me encontré a mí misma. A través de la experiencia concreta encontré que Dios existe, que es amable, cariñoso, misericordioso y que siempre está pendiente de mí. He hallado claridad, sentido y dirección clara en mi vida. Dios me ha dado mucho, incluyendo a mi familia más allá de mis sueños, una familia que concuerda perfectamente con los deseos más profundos de mi corazón y mi alma, como solo Él puede proveerla en la forma más perfecta. Tengo paz en mi mente y en mi espíritu solo cuando bebo profundamente del Islam y del Corán, una bebida maravillosamente sanadora que solo Dios puede proveer en la forma más perfecta.

El regalo más grande de Dios hacia mí es que Él ha tocado mi alma y me ha permitido sentir Su gentileza, cariño y misericordia. Por la gracia de Dios me he convertido en *Al Mahdayah*, la bien guiada. Con el fin de convertirnos en los mejores seres humanos, más productivos y más compasivos que podamos ser, Dios nos ha enviado Su mensaje final para la humanidad en la forma más perfecta, la forma del Islam, la forma de la paz. Mi experiencia personal con el cristianismo me dejó tan vacía por tanto tiempo que no pude reconocer su valor. Sin embargo, el Islam enseña que el judaísmo, el cristianismo y el Islam provienen todos de Dios, cada uno con un mensaje enviado por Dios, y que por lo tanto todos son dignos de respeto. Aunque nací en el cristianismo, el Islam es el camino verdadero para mi alma. Como ahora estoy firmemente cimentada en mi relación con Dios, encuentro que puedo apreciar otras tradiciones también, desde la perspectiva del Islam. No hay más conflicto interior, pues he regresado a casa.

“En el nombre de Dios, el Compasivo con toda la creación, el Misericordioso con los creyentes. Todas las alabanzas son para Dios, Señor de todo cuanto existe, el Compasivo, el Misericordioso. Soberano absoluto del Día del Juicio Final, solo a Ti te adoramos y solo de Ti imploramos ayuda. ¡Guíanos por el camino recto! El camino de los que has colmado con Tus favores, no el de los que cayeron en Tu ira ni el de los que se extraviaron”. (Corán 1:1-7)